

## Enrique Heine

### La peregrinación de Kévlaar

*Am Fenster stoud die Mutter.*

#### I

En la ventana está la madre ;  
cerca, en su lecho, el hijo está.  
— Hijo ¿por qué no te levantas?  
La procesión ya va a pasar.

— Madre mía, estoy tan enfermo  
que no puedo ni oír ni ver ;  
pienso en mí pobre Margarita,  
y me siento desfallecer.

— Levántate, vamos a Kévlaar ;  
lleva el rosario y el misal ;  
tu triste corazón enfermo  
la virgen te lo sanará.

Vibran al viento las banderas,  
resuena la pía canción,  
y va, junto al Rhin, en Colonia,  
lentamente, la procesión.

Entre la multitud, la madre,  
acompañando a su hijo va,  
y una y otro se unen al coro,  
y ambos se ponen a cantar :

¡ Oh bendita Virgen María,  
bendita por siempre serás !

## II

La madre de Jesús en Kévlaar  
con su traje más rico está ;  
hoy tiene que andar diligente,  
no son pocos los que vendrán.

Los pobres enfermos le llevan,  
para demostrarle su fe,  
sus ex votos hechos de cera,  
muchas manos y muchos pies.

Aquél que le ofrece una mano,  
la llaga en ella ve cerrar,  
y el que, creyente, un pie le lleva,  
con el pie curado se va.

Más de uno llegó con muletas,  
y hoy puede bailar y correr ;  
más de uno que hoy toca la viola  
no podía un dedo mover.

Derritiendo un candil de cera,  
hizo la madre un corazón ;  
— Guillermo, llévalo a la virgen,  
ella calmará tu pasión.

A la imagen se acerca el hijo,  
y pone el exvoto a sus pies ;  
brotan de su alma las palabras,  
y su llanto empieza a correr.

— Oh tú, Virgen bendita mía,  
purísima sierva de Dios,  
Madre buena, reina del cielo,  
quítame este horrible dolor.

Vive mi madre, y yo con ella,  
en Colonia, en esa ciudad  
donde cien iglesias se pueden,  
y cien capillas, admirar.

Fué mi vecina Margarita,  
pero la pobre se murió ;  
por este corazón de cera,  
sana mi propio corazón.

Sana mi corazón enfermo,  
muestra tu divina piedad,  
y, para honrarte hasta la muerte,  
nunca dejaré de cantar :

¡ Oh bendita Virgen María,  
bendita por siempre serás !

### III

El hijo y la madre dormían  
en la pequeña habitación,  
y en ella, silenciosamente,  
la madre de Jesús entró.

Se inclinó sobre el triste enfermo  
y con materna placidez,  
puso en su corazón la mano,  
sonrió bondadosa y se fué.

La madre, en sueños, lo vió todo,  
lo vió todo, y aun mucho más ;  
lejos desgarraba la noche  
de un perro el continuo ladrar.

Rígido, muerto, en el lecho,  
la madre vió al hijo después ;  
le sonrosaban las mejillas  
las luces del amanecer.

Sin saber bien lo que sentía,  
al ver dormir a su hijo en paz,  
juntó para rezar las manos,  
y humilde se puso a cantar :

¡ Oh bendita Virgen María,  
bendita por siempre serás !

M. NIRENSTEIN.